

Las tres perlas



EDITORIAL

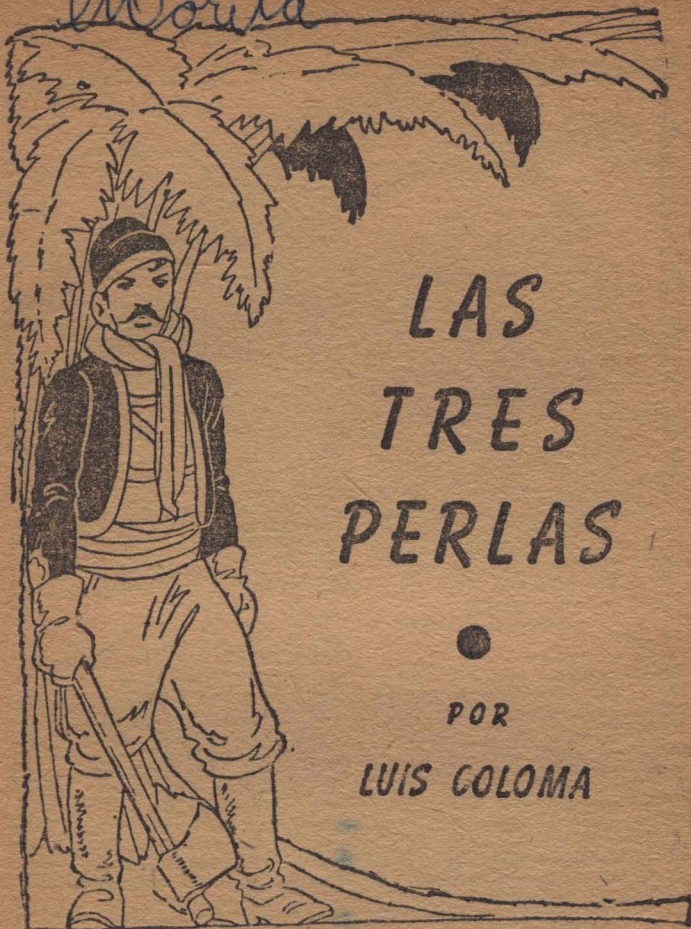
TOP

PALAZO



00163301

el Borita



LAS TRES PERLAS

●
POR

LUIS COLOMA

EDITORIAL TOR-S. R. L.

Rio de Janeiro 760

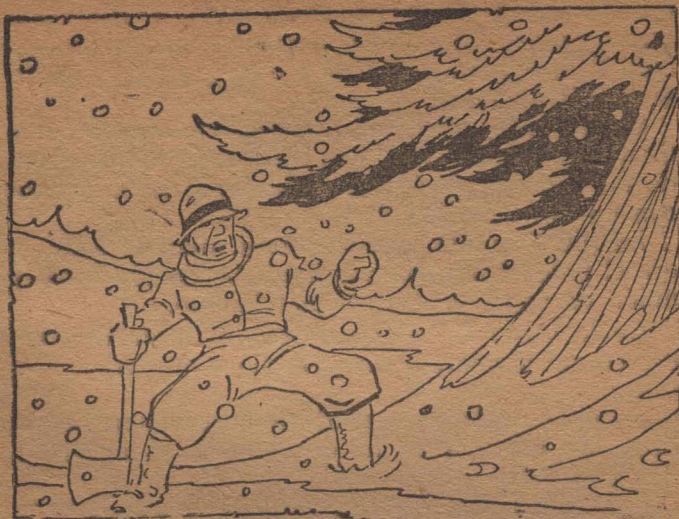
BUENOS AIRES

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de títeres
- 2 Blancanieves y los 7 enanitos
- 3 Los príncipes encantados
- 4 La Bella durmiente del bosque
- 5 Juanfuerte
- 6 Piel de asno
- 7 La princesa y el erizo
- 8 Ahí Babá y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en campo de milagros
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarcito
- 13 Los maestros cantores
- 14 El rey del río de Oro
- 15 Capucita Roja
- 16 Las tres princesas
- 17 El triunfo del zorro
- 18 Pinocho en la isla de las abejas
- 19 La princesa pizarona
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Navidad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió hormiga
- 24 El enano Zacarías
- 25 Pinocho en gruta del monstruo
- 26 El legado del moro
- 27 El gato con botas
- 28 El hada de Granville
- 29 De los Apeninos a los Andes
- 30 Melique
- 31 El rey Cuervo
- 32 Almendrita
- 33 Pinocho en el país de juguetes
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La isla encantada
- 37 Pif Paf
- 38 La carga liviana
- 39 La alfombra mágica
- 40 El pájaro que reía
- 41 La Cenicienta
- 42 Aventuras del rey Beder
- 43 El muchacho y la fortuna, Fáb-
ulas de Samaniego
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Dorigen
- 47 Las salamandras azules
- 48 Los zuecos maravillosos
- 49 Las tres hermanas
- 50 Fábulas de Iriarte
- 51 El niño raptado
- 52 Barba Azul
- 53 Taniño el hormiguero
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El tejedor de Segovia
- 56 El príncipe Cododac
- 57 La amigueta de los pájaros
- 58 La señorita Scuderi
- 59 Fábulas de Esopo
- 60 Constanza
- 61 Nicolás y Nicolás
- 62 Los rosales de la reina
- 63 El enfermero del Chacho
- 64 Grisélidis
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aladino
- 67 Genoveva de Brabante
- 68 La Sirenita
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su nombre
- 72 Los tres pelos del diablo
- 73 Hansel y Gretel
- 74 La flor del pantano
- 75 El buque fantasma
- 76 La cámara del tesoro
- 77 La desobediencia
- 78 El tavor de aceitunas
- 79 El mensajero de la corona
- 80 La camisa del hombre feliz
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Emelia
- 83 El muchacho afortunado
- 84 La novia elegida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La botella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenioso
- 90 Los dos ruiseñores
- 91 El ladrón de Bagdad
- 92 El tambor del regimiento
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silencioso
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El príncipe impostor
- 98 El rey en busca de novia
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



LAS TRES PERLAS

I

El accidente



EN un pueblecito de Alemania vivía un matrimonio pobre pero feliz. Y era feliz aunque pobre, porque se conformaba con lo poco que tenía, dando gracias a Dios porque no le hacía carecer de lo imprescindible, que es el pan nuestro de cada día.

Este matrimonio feliz en su pobreza tenía una hijita hermosa como un sol y buena como el pan.

Quería mucho a sus padres y éstos la adoraban. Eran capaces de hacer cualquier sacrificio por ella. Y lo llegaron a hacer y bien grande, como se verá más adelante.

Se acercaba el día del nacimiento de Jesús, y Gretchen y Hans Wit, que tales eran los nombres de los esposos, decidieron festejar a su hija Zela con un árbol de Navidad.

La niña contaba entonces tres años de edad, y era el único fruto con que había bendecido Dios la unión de aquel venturoso matrimonio.

En la tarde del 24 de diciembre, poco después del frugal almuerzo, Hans llamó a su mujer y le dijo:

—Voy a salir en seguida a buscar una buena rama de abeto para hacer con ella el árbol de Navidad para Zela.

—Bueno, Hans —le dijo Gretchen—, anda y no tardes.

—Procuraré estar de regreso antes de anoecer, aunque la nieve caída va a dificultar bastante mi marcha.

—Y quiera Dios que no caiga una nueva nevada. El cielo está encapotado y sopla viento del norte, de donde las nubes vienen cargadas de copos.

—Quiera Dios que no ocurra, Gretchen. De todas maneras, aceleraré la marcha, para que la tormenta no me pille de noche.

—Apresúrate, entonces, y que el ángel de la guarda no te abandone.

Inmediatamente, Hans Wit se abrigó bien, se echó el hacha al hombro, y después de besar a su hijita, que jugaba junto a la lumbre con una muñeca de trapo que le había hecho su madre, se en-



Se puso el hacha al hombro...

caminó a grandes zancadas en dirección al bosque.

—La primera rama buena de abeto que encuentre —se decía— la cortaré y la llevaré a casa. Será el árbol de Navidad de Zela. En él colgaré, con moños, flores y luces, los juguetes que el Niño Jesús enviará a mi hijita en la noche de su nacimiento.

La fuerte nevada caída había hecho que los caminos y senderos desaparecieran bajo una espesa capa que cubría toda la campiña como un blanco sudario.

Hans Wit, conocedor de la comarca, pues en ella había nacido, sabía orientarse bien, sin necesidad de camino señalado, y marchaba sonriendo

al pensar en la sorpresa que le preparaba a su querida hija.

En eso vió un abeto corpulento cuyas ramas eran verdaderos árboles. Se aproximó, empuñó el hacha y de un certero y recio golpe arrancó una. Ya tenía el árbol de Navidad que había salido a buscar. Se lo cargó al hombro junto con el hacha, y reanudó la marcha, esta vez de regreso a su casa.

De pronto arreció el viento, se encapotó más opacamente el cielo, como si un dosel plomizo de una sola pieza lo cubriera, y empezaron a caer copos de nieve que el viento mantenía en el aire y remolineaba antes de dejarlos caer en el suelo o sobre las ramas de los árboles o en los techos de las viviendas.

Hans, viendo que se le venía encima la tormenta y que la noche de aquel día se iba a presentar más temprano que de costumbre, apresuró el paso.

De repente resbaló su pie en una roca del camino y cayó rodando en un despeñadero por cuyo fondo corría un torrente.

II

La nochemala

Tres aldeanos que vieron caer a Hans se precipitaron en su auxilio. Bajaron al torrente, pero ya era tarde: la furia de las aguas, aumentada por una terrible avenida provocada por la nevada, arrastró el cuerpo del desgraciado, que pronunciaba a gritos el nombre de Jesús, y se abrazaba a la rama de abeto como con el último recuerdo de su hijita.



De repente resbaló su pie...

Mientras tanto en su casa, Gretchen, inquieta por la tardanza de su esposo, había hecho acostar a Zela.

—Vete a dormir, hija mía —le había dicho—. Ya es tarde.

—Es que quiero esperar la Navidad —había exclamado la pequeña.

—Igual la esperarás. Te despertaré una hora antes de la medianoche. Anda, acuéstate y duérmete soñando con el Niño Jesús que va a nacer.

Dormía ya Zela, sonriendo entre sueños al Esperado, cuando el señor cura y algunos parientes de Hans Wit fueron a la casa del feliz matrimonio y anunciaron a Gretchen la terrible desgracia.

La pobre mujer cayó de rodillas junto a la cuna en que reposaba su hija, tan ajena de que iba a despertar huérfana.

Las lágrimas de la desdichada viuda caían silenciosamente sobre el rostro de la niña. Esta triste impresión hizo a Zela abrir los ojos. Levantó entonces la cabeceita y preguntó sonriendo a su madre:

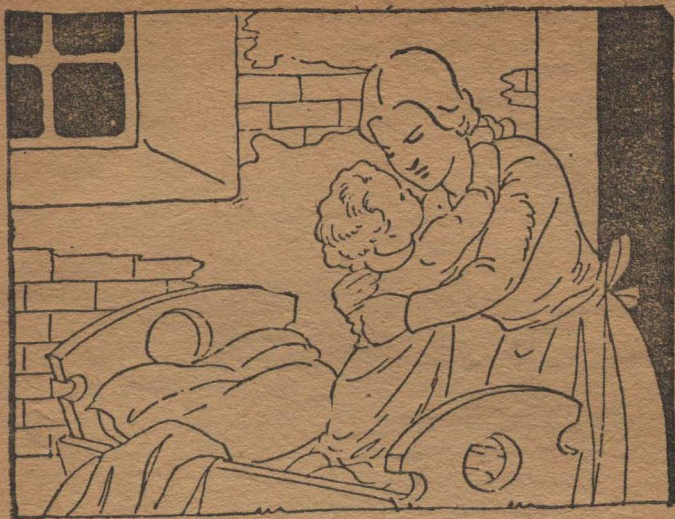
—¿Ya es Nochebuena?

—Para nosotros no, hijita. Para nosotras es noch mala.

La sonrisa desapareció del rostro de la niña como un relámpago; fijó los ojos por largo tiempo en el semblante de su madre, y apartando la mano de ésta, que le presentaba algunas figuras de barro con que había pensado adornar el árbol de Navidad, dijo secamente:

—No quiero...

Luego escondió el rostro en el seno de su madre y rompió a llorar, no con ese llanto estrepitoso



...para nosotros es Nochemala!

de la infancia que no conmueve a nadie, sino con aquel otro llanto callado de la edad madura, que hace surcos en las mejillas... ¡Su tierno corazón había adivinado que era ya huérfana de padre!

III

La infancia de Zela

Con la muerte de Hans Wit huyó para siempre la felicidad del humilde hogar de nuestro cuento.

El dolor minaba lentamente la salud de Gretchen. Falta de fuerzas para trabajar, veía desaparecer poco a poco sus pobres ahorros.

Cuando, delgada y macilenta, se dirigía al mercado de la aldea en busca de un sustento poco menos que miserable, solían decir las vecinas:

—Poca vida le queda a la pobre Gretchen.

—Es cierto. Y cuando se muera, ¿qué será de la infeliz Zela?

—Dios dirá. Desde que murió Hans no ha vuelto a entrar la felicidad en el hogar que antes era dichoso como ninguno.

Zela estaba ya muy crecida. Se había desarrollado física y moralmente, y endulzaba con su cariño las penas de la infeliz viuda.

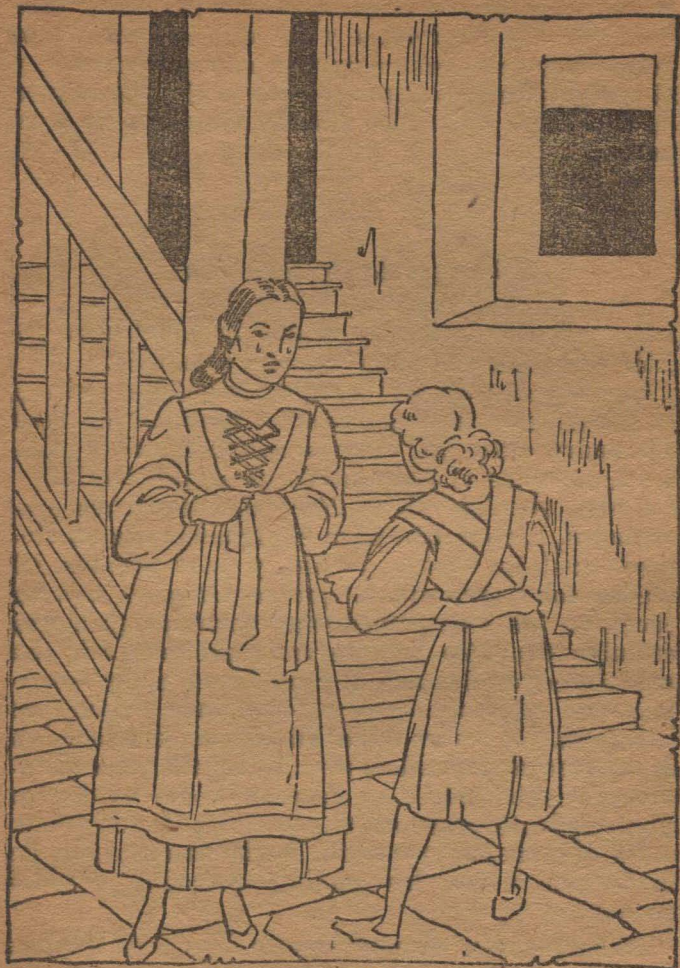
En la escuela ocupaba siempre el primer puesto y era presentada por su maestra como modelo, lo cual, lejos de despertar la envidia de sus compañeritas, atraía su admiración, pues era tan dulce y tan buena, que se hacía querer por todas.

El día del santo de Gretchen le presentó ruborizada y con los ojos bajos una primorosa pañoleta y unas medias de lana, obras ambas de sus ya habilidosas manos.

Dos gruesas lágrimas se escaparon de los ojos de la pobre viuda al recibir aquel delicioso regalo. Estrechó contra su pecho la cabeza de la niña y le dijo al oído:

—Dios bendiga tu trabajo, hija mía; pero no olvides nunca que la verdadera sabiduría está en amar a Dios, y que el mejor trabajo es el que está santificado por la virtud.

Zela guardaba en su tierno corazón las palabras de su madre, e, imitando sus ejemplos, crecía en virtud al mismo tiempo que en hermosura, con lo que era la chica más buena y más linda de la aldea. Pero su belleza no era una belleza cualquie-



Dos gruesas lágrimas...

ra, sino una belleza grave y severa al mismo tiempo. De cutis sonrosado y de rubios cabellos, la hermosura de su rostro parecía más que humana, y al contemplar sus grandes ojos azules se hallaba en ellos algo del cielo, además de su color y su pureza.

IV

El vestido de comunión

Acercábase el tiempo en que Zela había de recibir por primera vez la sagrada comunión.

La víspera de aquel gran día acudió la chica a la iglesia con sus compañeras, para oír de boca del padre cura las últimas instrucciones y recibir a sus pies el sacramento de la penitencia.

Todas aquellas niñas, hijas de labradores acomodados, preparaban para el siguiente día un cinturón azul, un vestido blanco, y unos zapatos del mismo color, que era lo que se usaba en aquella época en las aldeas alemanas para las primeras comuniantes. Sólo Zela se vería obligada a ir con sus piecitos descalzos, y no iba a poder sustituir con otro su negro y remendado vestido de huérfana. La pobre niña sintió que una sombra de tristeza se deslizaba entre los santos pensamientos que embargaban su corazón, como se desliza una serpiente venenosa en las flores de un prado.

Se dió vuelta, asustada, hacia una imagen de la Virgen, y con las manitas cruzadas le pidió su auxilio.

Aquella noche al acostarse le dijo a su madre: —¡Qué mala soy, mamá!... Esta tarde desea-



...y con las manitas cruzadas...

ba en la iglesia ir a comulgar mañana con un vestido blanco como las demás niñas.

Gretchen le respondió, tristemente:

—Descar un vestido blanco no es malo, hija mía... Envidiarlo, entristecerse por que las demás lo tienen, sí sería un pecado.

—Yo estoy alegre —replicó Zela, fijando en Gretchen su mirada pura—. ¡Pero es tan bonito un vestido blanco con un cinturón celeste!

—No te avergüences de ser pobre, hija mía —dijo la madre, besándola en la frente—. ¡No ves que el Niño Jesús lleva, como tú, los piecitos descalzos? Su túnica es morada, y sólo usa por cinturón una cuerda de esparto...

Zela rezó por el alma de su padre, y se durmió tranquila con sus manos entre las manos de su madre. Esta permaneció largo tiempo velando su sueño, y le oyó murmurar, sonriendo dulcemente:

—También el Niño Jesús lleva los pies descalzos... Su vestido es morado y está como el mío, lleno de remiendos...

Poco a poco le pareció a la niña que la transportaban en sueños al pie de un viejo manzano que crecía en los fondos de la casa. Hallábase recostado en el tronco un hermoso niño más bello que los ángeles. Su túnica blanca esparcía un resplandor vivísimo que, sin molestar la vista, la deleitaba, y la fragancia de su aliento era más suave que la brisa de un campo de violetas. En sus pies y manos se veían señales de llagas, y pendía de su cuello un collar de oro puro, con tres perlas que parecían haber robado sus colores al mismo arco iris: era la una verde como el césped nuevo; la otra era roja como un rubí encendido, y la tercera era azul como el cielo en un día despejado.

Zela buscó la manzana más hermosa que había en el árbol, y se la presentó de rodillas al Niño.

Este entonces colocó la mano sobre la cabeza de la huérfana, como para bendecirla, y tomó sonriendo la manzana que le ofrecía.

Al contacto de aquella mano herida, Zela sintió que todo su ser se transformaba en el ser de aquel Niño divino: vió trocarse su harapiento vestido en una túnica blanca como la nieve, y vió brillar sobre su pecho un collar de tres perlas, en todo semejante al que adornaba el cuello del Niño.

Al mismo tiempo resonaron en el aire los acen-



...colocó la mano sobre la cabeza...



Se las present



rodillas al niño...

tos de una voz dulce como las notas de un arpa, que cantaba:

*Es el vestido del alma justa
Fe, Esperanza y Caridad.*

Zela sintió en su corazón una delicia desconocida, y se despertó violentamente en su cunita de pajas. A sus pies dormía la pobre Gretchen, con la cabeza reclinada en el vestido remendado de la niña.

V

La alegre fiesta

El crepúsculo de la mañana alumbraba suavemente la habitación.

Las campanas de la iglesia anunciaban ya la alegre fiesta del día, haciendo resonar en lo alto las alabanzas del Señor.

Zela se fijó en su madre y notó, asustada, que una palidez cadavérica cubría sus facciones y que su respiración, más que tal, parecía un gemido.

Se incorporó y la sacudió por un brazo, mientras decía con angustia:

—¡Mamá!... ¡Mamá!... ¿Qué tienes?

—Nada, nada —replicó Gretchen despertando con sobresalto.

Se puso en pie, vistió a la chica y le dijo:

—Vamos a la iglesia, que las campanas nos están llamando.

En eso le dió un vahido y volvió a caer pesadamente en la camita de su hija.



—¡Mamá!... ¿Qué tienes?

—¿Te sientes mal, mamá? —exclamó Zela, arrojándose a su lado.

—Un poco... Pero no es nada... Ya pasará...

—Quédate aquí y no salgas... Yo iré sola a la iglesia, y cuando venga a mí el Niño Jesús, le diré que te sane, y estoy segura que me oirá y estarás curada.

Y al decir esto la pobre Zela lloraba amargamente.

—No es nada, hija mía —volvió a decir Gretchen—. No es nada... Ya me está pasando... ¿No ves?

La infeliz se levantó fingiendo un bienestar que

no sentía, para calmar a su hijita en el que debía ser el día más feliz de su vida. Y agregó:

—Vamos a la iglesia, que no quiero privarme de la inmensa dicha de ver cómo tomas la primera comunión.

Apoyándose la una en la otra, ambas se dirigieron al templo.

Era éste pequeño y humilde como los habitantes de la aldea. Un sencillo altar se elevaba en medio, sirviendo de trono a la imagen de la Virgen María. Por todas partes la rodeaban guirnaldas y ramos de flores, y seis grandes cirios de cera virgen se consumían ante el Santísimo Sacramento, como se consumen ante Dios las almas de los que de veras lo aman.

Las niñas que habían de comulgar se hallaban en fila a lo largo del presbiterio, luciendo todas vestidos blancos con cinturones celestes, según la moda del lugar, y zapatos también blancos.

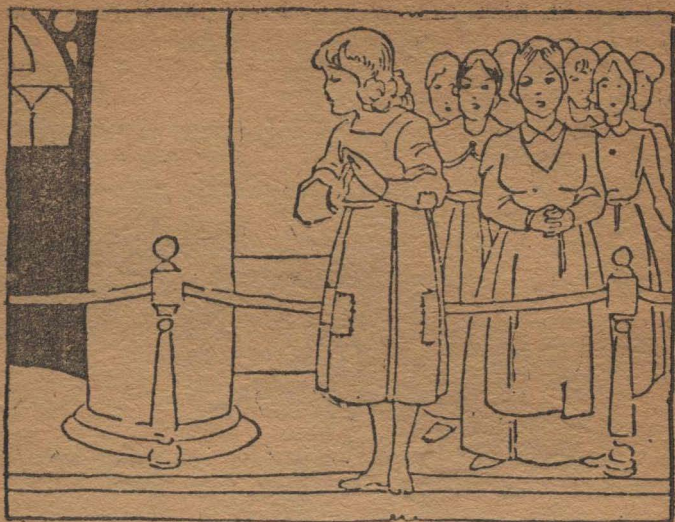
Zela se adelantó con sus piecitos descalzos y su vestido remendado, a tomar puesto entre ellas. Sus ojos bajos y sus manos cruzadas sobre el pecho le daban el aspecto de un ser celestial.

VI

La visión de la madre

Llegó al fin el momento solemne de la comunión.

El órgano dejó oír los acordes del *Pange Lingua*, y las nubes de incienso se elevaron, como si indicasen a la oración de las niñas el camino del cielo. Zela se adelantó también para recibir a Je-



...y todos vieron entonces...

sueristo, y todos vieron entonces, compadecidos, sus pies descalzos y su vestido negro y remendado.

Gretchen, orando fervorosamente, la seguía con la vista.

De repente los ojos de la pobre vinda se dilataron como para ver mejor, y se llevó ambas manos al corazón, como si refluyese allí su vida entera.

¿Qué había ocurrido? Que había visto a su hija Zela recibir al Señor, cubierta con una blanca túnica más brillante que los albos vestidos de sus compañeras. En su pecho brillaba un collar de

oro purísimo del cual pendían tres perlas: azul la una, verde la otra y roja la tercera.

Gretchen extendió los brazos hacia el altar y exclamó llena de júbilo:

—¿Quién ha vestido a mi hija como el alma después de la resurrección?

Luego cayó con la cara en tierra, para no volverse a levantar nunca.

Algunas vecinas recogieron el cuerpo inerte de la infeliz y lo llevaron a su casa.

VII

El Niño de la Cruz

Cuando Zela salió de la iglesia ignoraba aún la muerte de su madre. Sin duda, por premisión divina nadie se había acordado de la pobre huérfana.

Al aproximarse a su casa vió que un hermoso Niño estaba sentado a la puerta, sobre una piedra saliente. Apoyaba la cabeza en una cruz como descansando en ella, y su cabello, tendido a la espalda, se partía en la frente al modo de los nazarenos.

Zela reconoció al mismo niño que había visto en sueños recostado a la sombra del manzano. Sus atavíos eran, sin embargo, muy distintos: una túnica morada, remendada y vieja cubría su cuerpecito, y la cuerda de esparto que ceñía su cintura daba vuelta a su cuello, blanco cual el de un cisne, y lo desollaba cruelmente.

La niña quedó absorta al verlo, y observó con extrañeza que hombres y mujeres pasaban cerca



—¿Quién ha vestido a mi hijo?...

de El y no lo miraban. Sin duda no lo veía nadie más que ella.

El Niño fijó en Zela sus hermosos ojos llenos de lágrimas y le preguntó dulcemente:

—¿A quién buscas, pobre Zela?

—Busco a mi madre —replicó la niña, poniéndose, sin saber por qué, de rodillas.

—Ven conmigo, y la verás —dijo el Niño.

Y, cargando sobre sus hombros la cruz en que se apoyaba, comenzó a caminar en silencio.

Ambos niños marchaban uno en pos de otro, serios y tristes: El, con su sayal de penitencia, y ella con su humilde vestido de huérfana.

Poco a poco la senda se estrechaba, y agudas zarzas y espinos herían los pies descalzos de los dos caminantes.

Sufría el Niño sin quejarse y dejaba correr la sangre sin dar muestras de quebranto.

Zela, por el contrario, extendía sus manitas para agarrarse a las rocas del camino y exhalaba gemidos de dolor.

Volvió entonces el niño hacia la huérfana su rostro hermosísimo y dijo con mansedumbre infinita:

—Pon tus pies en mis pisañas, y no desfallecerás.

Zela siguió el consejo de su guía, y, aunque el dolor martirizaba su cuerpo, la fortaleza no desamparaba su alma. A veces el Niño desaparecía, y entonces ella seguía sus huellas sangrientas, llena de congoja; mas pronto volvía a verlo ante sí, y cesaba al punto su sobresalto.



—¡Tómala tú, si quieres!

VIII

La perla azul

De repente Zela se encontró perdida en un espeso bosque, cerrado por todas partes.

Al pie de un roble secular se hallaba sentado un joven de buena apariencia. Tenía en la mano un libro que leía atentamente. Una escéptica sonrisa entreabría sus labios, y veíanse en su frente ya marchita las huellas del vicio.

Un gigantesco buho graznaba de cuando en cuando en la copa del árbol.

El joven arrojó al fin el libro y gesticulando desesperadamente blasfemó.

—¿Qué es la fe —se decía—, y dónde podré hallarla?

Zela, aterrada, cayó de rodillas y oró por aquel hombre.

El buho graznaba aun más lúgubrementemente.

—Disfrutemos hoy, si hemos de morir mañana —proseguía el joven dirigiéndose a la salida del bosque.

Arredillada Zela en mitad del camino, le cortó el paso.

—¿Quién eres? —exclamó el impío deteniéndose ante ella.

Y, fijando en el pecho de la niña los ojos asombrados, añadió:

—Dame, dame, ángel de Dios, esa perla azul que llevas al cuello, y recobraré la fe que perdí en los caminos del mundo.

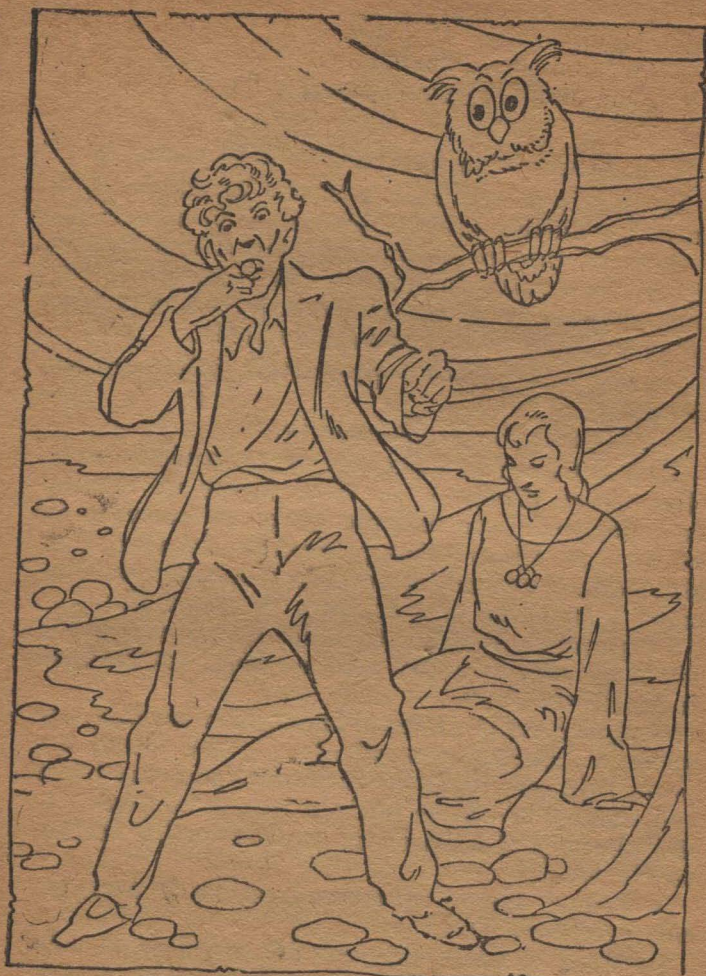
Atónita, Zela llevó su mano al pecho, y no encontró allí perla ninguna.

—Tómala tú, si quieres —dijo, sin comprender las palabras del joven.

Sintió que aquel hombre sacaba de su pecho una perla, celeste como el cielo; llevóla el descreído a sus labios con emoción profunda, y, cayendo de rodillas, bendijo el nombre de Dios.

El buho lanzó un graznido terrible, y huyó de allí haciendo resonar sus pesadas alas.

Zela comprendió entonces la excelencia de la fe.



Llevóla el descreído a los labios...

La perla roja

Una densa niebla había envuelto la comarca.

La huérfana caminaba a tientas buscando en el suelo las huellas sangrientas del Niño misterioso.

Al poco rato se encontró frente a una cabaña miserable construida junto a una roca. Con la cabeza apoyada en el umbral de la puerta, una niña de pocos años sollozaba amargamente.

—¿Por qué lloras? —preguntóle Zela, también llorando.

—Porque papá se ha muerto.

Zela entró en la cabaña y un espectáculo emocionante se ofreció a su vista. Sobre un montón de paja, yacía aun caliente el cuerpo sin vida de un hombre. Cinco niños pequeñitos lloraban a su alrededor, y una mujer sentada a la cabecera arremataba a su pecho otra criatura de pocos días.

De pronto cesó el llanto de los chicos, y la pobre viuda se arrojó a los pies de Zela, exclamando fuera de sí:

—¿Quién eres? ¿Eres el ángel de mi marido, que viene a traerme consuelos?... ¡Ah! Dame esa perla roja que brilla en tu pecho como una brasa ardiendo, y mis hijos tendrán pan, y mi pena tendrá alivio, y el alma de mi marido tendrá descanso eterno...

—Tomad, tomad mi corazón, si ha de remediaros —exclamó Zela.

Arrancó la viuda entonces del pecho de la niña una perla roja como un rubí, cuyos brillantes res-



...cayó sobre la arena...

plandores comunicaron a la cabaña un tinte de consuelo.

X

La perla verde

Zela dejó la cabaña y siguió una estrecha senda que descendía rápidamente por la ladera del monte.

Un viento abrasador cortaba la respiración y levantaba espesos remolinos de arena, bramando a intervalos como un demonio encadenado.

La niña sintió que una angustia terrible oprimía su corazón y que una sed ardiente abrasaba su garganta.

A eso del mediodía descubrió a lo lejos un peñasco que se levantaba entre la arena, y una palmera que crecía a su sombra.

—Allí encontraré agua —exclamó—, haciendo un esfuerzo supremo para llegar al peñasco.

Mas era éste escarpado y sin vegetación, y hallábase la palmera seca como la higuera maldita.

La huérfana, falta de fuerzas, cayó sobre la arena, dando un gemido. Cruzó sus manos sobre el pecho y se dispuso a morir.

—Creo en Dios, amo a Dios, espero en Dios —murmuraba dulcemente.

Un viejo de siniestro aspecto salió entonces de una caverna que ocultaba el peñasco. Era su mirada torva, y veíanse en su rostro, junto a las señales de la desesperación, las huellas del crimen.

—¿Quién espera en Dios, donde para mí no hay esperanza? —exclamó.

—Espero en Dios —repitió Zela en voz tan baja que parecía un suspiro.

Un sollozo terrible se escapó al fin del pecho del viejo.

—Ruega por mí, ángel divino —exclamó, cayendo de rodillas.

La niña llevó trabajosamente su mano al pecho, e indicó al infeliz una hermosa perla verde que sobre él brillaba. Tomóla éste con ansia infinita, y dos arroyos de lágrimas brotaron de sus ojos. mientras sus manos descarnadas golpeaban su pecho contrito.

—Espero en Dios —dijo Zela por última vez.



Arrepentido, sepultó el cuerpo de Zela.

Y su alma comprendió, antes de morir, la dulzura de la esperanza.

Al mismo tiempo apareció ante sus ojos el Niño divino que había visto al pie del manzano. Su túnica blanca resplandecía como el sol y brillaba sobre su pecho el collar de las tres perlas. A su derecha Hans Wit, con una túnica blanca y un collar semejante al del Niño, tendía a Zela los brazos; a la izquierda Gretchen, vestida del mismo modo, le hacía señas con la mano. Voces celestiales cantaban entre las nubes:

*Es el vestido del alma justa
Fe, Esperanza y Caridad.*

El viejo, arrepentido, sepultó el cuerpo sin vida de Zela al pie de la palmera, y un salto de agua que brotó del peñasco mantenía frescas las violetas y azucenas que crecían juntas sobre su tumba.



Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la
Editorial TOR, el día 24 de enero de 1947.

Printed in Argentina.

Impreso en la Argentina

SC
Lij
CLA
25

CUENTOS INFANTILES

LA ABEJA

95

